

Capítulo X - La MAGIA NEGRA en Buenos Aires, Argentina



Un monasterio silencioso, impregnado de mucho recogimiento y austeridad. Su estructura abigarrada, sin ninguna ostentación hacia el exterior, reflejaba el carácter cerrado que ya sugería su modalidad como orden de clausura. Estaba ubicado en una zona escasamente transitada, casi campestre, de las afueras de la localidad de San Miguel, en el conurbano bonaerense.

Su conjunto arquitectónico en el interior, en cambio, no se apartaba de lo clásico. El claustro mayor, la galería que circundaba al patio principal del convento, tenía tres galerías de estilo románico y la cuarta, estaba inspirada en el romanticismo, aunque no dejaba de combinar armónica y serenamente con las otras. Los capiteles en la parte superior de las columnas de las galerías, estaban decorados con una gran variedad de motivos, desde los vegetales bíblicos hasta las representaciones de monstruos pre - diluvianos. Las esbeltas columnas, semejantes a firmes soldados suizos, se alzaban protectoras en el perímetro externo del hermoso jardín central, enmarcando a las glorietas floridas y al estanque central, poblado de enormes peces multicolores, que nadaban silenciosos, como imitando a los pesados monjes. La bóveda de las galerías, cobijaba a los silenciosos habitantes en una llamativa mezcla, entre lo gótico y el barroco clásico.

En una de las alas del claustro, llamada del Poniente, se encontraba el refectorio, la espaciosa habitación en la que se reunían a comer los monjes en el más absoluto silencio y como adhiriéndose a ella, la vieja y muy limpia cocina monacal, de la cual se rumoreaba, que en ella los monjes más antiguos preparaban con leche y huevos, aromatizado con flor de azahar, canela, vainilla y bautizado con una generosa cantidad de ron, el exquisito "*ponche de huevo*" del convento, para degustarlo en ocasiones especiales. En la realidad, la dieta de todos los días solamente constaba de queso, pan, fruta, vegetales, pescado y carne, pues las normas de la orden monástica, establecían que la comida debía ser cada día más frugal.

Luego se extendían a lo largo de las galerías, las puertas de madera de las estrechas celdas de los monjes, amuebladas con un mobiliario mínimo y en las cuales las estrictas normas imperantes, exigían que durmiesen vestidos y con las ropas bien ceñidas a su cuerpo por un grueso cinturón, buscando así evitar las tentaciones nocturnas del sexo y además, que acudiesen sin tardanza a los rezos cotidianos, cuando oían las llamadas matinales.

En el ala norte se encontraba la Sala Capitular, un ambiente sencillo pero estético, en

el cual se reunían los religiosos para las oraciones y lecturas místicas. Era un gran rectángulo de veintisiete metros de largo por siete de ancho, con una bóveda adornada con diversos detalles dorados y místicos motivos agustinos. La sillería era sencilla y original, con hermosos dibujos tallados en sus respaldares, pero la sillería del coro, realizada en fino nogal, era insuperable en su belleza. Un gran cartel enmarcado, ubicado muy cerca de la entrada, mostraba escrito en letras góticas el siguiente mensaje, reflejando en gran manera, el espíritu especial de la orden:



“Si llegare algún monje peregrino de lugares distantes, con deseos de vivir como huésped de este monasterio, y se amoldara a las costumbres que aquí encontrare, sin alterar por su prodigalidad la paz del monasterio y dándose por satisfecho con lo que éste le brinde, podrá permanecer aquí todo el tiempo que desee. Si, por otra parte, hallase en algo algún defecto y lo hiciera notar razonablemente, con humildad y caridad, el abad discutirá sus quejas prudentemente, no sea que Dios haya enviado al peregrino justamente para tal objeto, pero si se mostrase murmurador y contumaz durante su permanencia como huésped, se le dirá honradamente que debe partir. Si no se fuese, que dos monjes bien fornidos, en nombre de Dios, se lo expliquen mejor...

(Cita de la Sagrada Orden de San Benito)”

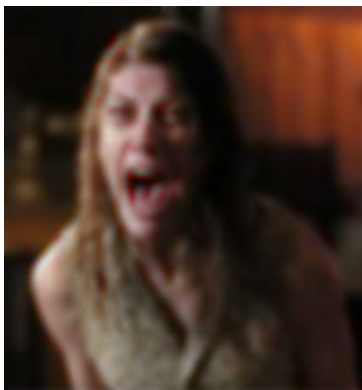
En el resto de las galerías, se encontraban concienzudamente distribuidas varias dependencias. Una era la sala de carpinterías, en la cual se realizaban trabajos de mantenimiento, y todo lo que hiciese falta para hacer funcionar correctamente al monasterio; otra, la torre de palomas, que en un tiempo fueron mensajeras, era el único lugar algo abandonado en su limpieza; mas allá, se alzaba dominante la torre del campanario, con sus dos potentes campanas, una muy grande y otra pequeña, afinadas en las notas musicales del *DO* y él *SÍ* bemol, respectivamente; junto a ella, una pequeña iglesia se erguía majestuosa y en su interior, se reflejaba el trabajo acumulado de generaciones y generaciones de monjes benedictinos. Con su espléndido coro, que resaltaba lo neogótico, llamaba la atención por su altar, su sagrario y las estaciones del *Vía Crucis*, tallados en finísima madera de ébano; una húmeda sacristía, atiborrada de hábitos y ornamentos eclesiales de todo tipo, como las casullas y las estolas, las dalmáticas y frontales, las albas, amitos y cíngulos, se apilaban prolijamente para la celebración de misas, solemnidades y fiestas religiosas; detrás del edificio de la iglesia, una habitación que permanecía siempre cerrada, de aspecto muy especial; era celosamente custodiada. Y al final, dos espaciosas aulas de enseñanza y una huerta, cuidadosamente cultivada, completaban las dependencias monásticas.

Cada tres horas las campanas anunciaban los rezos: a medianoche, Maitines; a las tres, Laudes; a las seis, Prima; a las nueve, Tercia; a mediodía, Sexta; a las tres de la tarde; Nona; a las seis, Vísperas; y a las nueve de la noche, Completas. Y nadie podía faltar a ninguno.

Si alguno de los monjes se quedaba dormido, debía acudir rápidamente a la Iglesia y, en el medio del coro, tenderse boca abajo en el suelo en señal de disculpas, hasta que recibiese la orden de levantarse. Tras la hora prima, desayunaban en el refectorio. Después, el abad reunía a los monjes en la sala capitular para leer un capítulo de la Regla de la Orden y distribuía los trabajos, de los cuales sólo quedaban exentos los enfermos y los destinados a menesteres especiales. Tras las labores matinales y la misa mayor, los monjes se reunían en el claustro, para luego pasar al comedor, donde almorzaban en silencio. Por la tarde los estudios, oraciones y trabajos, se sucedían en una metódica secuencia, completando el día y la noche monacal..

Cada tanto, un monje que ostentaba su cabeza permanentemente cubierta por la capucha del habito, aparecía silencioso y nunca nadie, había logrado verle su cara al descubierto. Permanecía parado, con sus brazos cruzados sobre el pecho, escondiendo sus manos dentro de la manga del brazo opuesto y rápidamente se ocultaba, cuando alguien intentaba acercarse hasta donde él estaba.

Domingo 12 de agosto del año 2037, en horas de la mañana. Se escuchan gritos. Cada vez están más cerca. Hasta los pájaros se quedan inmóviles y callados. Y de golpe, se abre estrepitosamente la puerta del convento y aparece entrando, entre arrastradas, golpes y empujones de quienes la acompañan, una mujer joven, sumamente adelgazada, de mediana estatura y no más de treinta y cinco años, con el pelo de color negro, horriblemente revuelto y con algunos mechones arrancados, con los rasgos de su cara tétricamente descompuestos y mostrando los dientes, con sus encías sangrantes. No deja de escupir, reiteradas veces, una abundante espuma de color rosa, dispersándola por doquier. Sus ojos verdes lucen rojos de inyectados y miran, con una expresión de horrible furia. Jadea y jadea muchas veces, sin detenerse, hasta que hinchando al máximo su pecho en una profunda inspiración, exhala un infernal grito - ¡Noooooooooooooooooooo! - que hace temblar a las viejas paredes del recinto monacal y asusta, paralizando a los indefensos mortales que lo escuchan, mientras ella haciendo gala de una descomunal fuerza, increíble para tan menudo cuerpo, se desgarraba de arriba para abajo con sus manos, la dura y gruesa tela del chaleco de fuerza que intenta contenerla.



Los cuatro fornidos hombres que la traen, intentan sujetarla desde lo que queda de la camisa de fuerzas reforzada, mientras se abalanzan desesperados sobre ella. Pero los vuelve a rechazar una y otra vez, haciéndolos caer estruendosamente al suelo como si fuesen unos ridículos y viejos muñecos, desarticulados. Las caras de esos hombres aparecen sudorosas y sangrantes, por las decenas de rasguños que las surcan. No parecen masculinas; mas bien, son dignas de lastima en su expresión de susto máximo y

del profundo terror, que no pueden ocultar. Animada de una fuerza descomunal, ella había doblado la camilla de la ambulancia que la trajo. Los sedantes más fuertes, administrados en cócteles líticos de tres formulas distintas, sumados a cuatro sesiones de electroshock que le realizaron en una clínica neuro-siquiátrica donde la tenían internada desde hacía diez días, no consiguieron mejorarla ni sedarla.

Larga una profunda, gutural y tétrica carcajada, seguida de incontenibles vómitos de sangre, bilis y materia fecal, expelidos a distancia como chorros fétidos, que bañan totalmente a las sufridas caras de los cuatro enfermeros, los cuales solo esperan la orden de escapar, para poder salir corriendo.

Los gritos y blasfemias de todo tipo y tono que pronuncia, ofenden hasta los oídos más curtidos y los movimientos eróticos que realiza, resultan horriblemente grotescos y frenéticamente repulsivos:

- *Chúpamela... pásale la lengua, maricón de mierda* - es quizás lo más liviano que expresa en su catarata de insultos e improperios

Un tremebundo olor a podrido impregna todo el ambiente, el cual se mezcla con tufaradas pestilentes, de un intenso olor a azufre ácido. Una imagen de la virgen de Luján, provoca en ella un arrebato increíble de furia desenfrenada. Una botella con agua bendita, colocada sobre el altar de la Santa, estalla en mil pedazos cuando pasan frente a ella, intentando trasladarla a la posesa, a través de la larga galería. Un frío intenso y paralizador recorre las espaldas de quienes la observan y el terror, finalmente se apodera de todos y tiemblan asustados, como pequeños niños, cuando unas velas encendidas se transforman en horribles y enormes llamaradas, que amenazan extenderse e incendiar al resto del convento.

Detrás del edificio de la iglesia, un compacto grupo de personas la esperan preparadas, reunidas en la puerta de la habitación especial y reservada. Esa pieza, mide aproximadamente quince metros de largo por cinco de ancho y siempre, en su interior, se permanece en consonancia con el placido silencio monacal. Esta amueblada con un rústico mobiliario, sencillo y muy escaso. Solo tiene una mesa de madera y dos sillas de paja, un pequeño oratorio de madera sin almohadillar y un gran crucifijo, colgado en la pared. En el fondo, espera un monje orando de rodillas, con sus brazos extendidos en suplica hacia el cielo, preparado con severos ayunos y oraciones desde hacía una semana, para poder librar con éxito, el espiritual combate. Era una morada destinada por el abad, exclusivamente para los ritos de exorcismo.

Con enorme dificultad, consiguieron por fin introducirla. Los cuatros hombres malheridos, sudorosos y atemorizados, se retiraron a la carrera y sin mirar atrás, cuando recibieron la orden del abad:

- *Ustedes cuatro. ¡Retírense ya mismo y orando! ¡Vamos!...*

Su lugar, fue rápidamente ocupado por dos corpulentos monjes y una monja, vestida con los hábitos de color negro azabache, quienes cerraron con sus cuerpos la pesada puerta de la única salida de la pieza sin ventanas, mientras le echaban el cerrojo con

varios juegos de llave.

La mujer descontrolada, cuyo nombre era Leyla y que en árabe significa “*bella como la noche*”, pareció aflojarse por un rato y se tendió en el suelo, boca arriba. Respiraba tranquila y pausadamente. Tenía su cara relajada y sonreía angelicalmente, mientras sus ojos se paseaban lentamente por el oscuro cielo raso.

Pero el descanso no duro demasiado. Súbitamente, su cuerpo se puso extremadamente rígido y pareció entrar en un enigmático estado de profundo trance. Permaneció inmóvil por casi tres minutos, hasta que se alzó lentamente por el aire, levitando, mientras sus ropas parecían sometidas a un intenso viento, que las agitaba sin parar. Cuando llegó a los dos metros de altura, una aguardentosa voz masculina de hombre anciano, se escuchó salir desde la garganta de la ingrávida mujer, mientras su cabeza giraba enfrentándose al monje exorcista, con los ojos trepidando apresuradamente en sus órbitas y exhibiendo una sonrisa sardónica, dibujada muy grotescamente en su patético rostro:

- *Maldito monje de San Benito... ¿cómo te atreves a molestar a un alto Príncipe de los infiernos, como yo?... ¿Por qué no te ocupas de tu madre... que está muriéndose de hambre y enferma, abandonada en la localidad de Roldán, en la Provincia de Santa Fe? Tú, por seguir la vocación de estúpido monje benedictino...en vez de trabajar, la privaste de alguien que pueda mantenerla en su vejez...*

Los ojos del monje se abrieron al máximo, invadido por la íntima sorpresa que le provocara el escuchar con suma curiosidad, a semejantes datos de su vida personal, tan precisos y exactos, que acusatoriamente expresaba esa infernal voz. Prestarle atención, fue un error muy grande, casi fatal, que terminó pagando demasiado caro el joven e inexperto monje exorcizador, en su imprudente descuido.

El gran crucifijo que presidía la sala, salió volando velozmente desde la pared en que se encontraba colgado e impacto de lleno, en la nuca del sorprendido monje, haciéndolo caer de frente. Su cara empezó a sangrar por la nariz y por la nuca, en un largo y profundo corte, de por lo menos diez centímetros de ancho, del cual manaba abundante sangre a raudales. Un monje anterior, que siempre había estado encargado de los exorcismos en el convento, había muerto recientemente en forma súbita, sin el suficiente tiempo para preparar correctamente al nuevo monje, el cual era la primera vez que lo hacía, presidiendo solo a semejante ceremonia. Y en el primer combate, cometió el peor de los errores en el rito, como era el de escuchar atentamente al demonio. Y hasta pudo haber perdido su vida - *y su alma* - para siempre.

Lo salvaron los dos monjes y la monja, que arrodillados con las cabezas postradas en el suelo, rezaban y rezaban sus oraciones en latín:

- *"De profundis clamávi ad te, Domine: Dómine, exáudi vocem meam. Fiant aures tuæ intendentes in vocem deprecationis meæ. Si iniquitates observáveris, Dómine: ¿Dómine quis sustinébit? Quia apud te propitiatio est: et propter legem tuam sustínui te, Dómine."*

El crucifijo que impactó en la nuca del monje, quedó mal parado en uno de los rincones de la especial habitación. Se desprendieron los clavos de las manos del Cristo, aunque este seguía colgando del madero, pero solamente desde el clavo de los pies.

Tan lento como había subido, el cuerpo de la posesa fue bajando, hasta depositarse nuevamente en el suelo. Comenzaron en cambio a los pocos minutos, a levitar todos los objetos de la pieza. Las dos sillas, giraban rápidamente alrededor de la mesa como persiguiéndose entre si. Y luego, como si se hubiesen puesto de acuerdo, los tres objetos atacaron al reclinatorio de oraciones, dejándolo destrozado en el piso, disperso en múltiples astillas.

Entonces la endemoniada comenzó a reptar como una verdadera serpiente venenosa, deslizándose silenciosa y lentamente entre los monjes y la monja, acercándose más y más hasta sus cuerpos. Buscaba rozarse con sus genitales, pero un aura apenas luminosa, se lo impedía. Impertérritos, ellos continuaban orando y apretando entre sus manos, el crucifijo que siempre llevaban colgado de sus hábitos.

- *¿Sabías que pronto serás la Hermana Superiora de tu congregación? Sos la mejor, la más aplicada, la más puntual, la que más trabajos haces, aunque nadie te lo reconoce como corresponde. Y también eres la monja más hermosa y más inteligente de todas...* - dijo seductora la retumbante voz, procurando tentar a la monja.
- *Sustinuit ánima mea in verbon ejus; sperávit ánima mea in Dómino. A custódia matutina usque ad noctem, speret Israël in Dómino* - continuaron todos a coro en oración, concentrándose mentalmente en la imagen del Cristo en la Cruz.
- *Pronto llegarás a Santo. Tú cumples a la perfección con los mandamientos. Nadie te supera en humildad, nadie es capaz de confesar sus propios pecados como lo haces tú, nadie conoce los misterios bíblicos a la perfección como tú. Eres el mejor, el mejor, el mejor... el mejor, si... el mejor* - intentó la melosa voz, reconquistarlo a uno de los monjes.
- *Quia apud Dóminum misericórdia et copiósia apud eum redemptio. Et ipse redimet Israël, ex ómnibus iniquitátibus ejus.*
- *Estos, están totalmente locos ¡Nunca vi a tantos locos juntos en un solo lugar! Ven y escuchan visiones. Solo saben utilizar el pensamiento mágico. Son indignos del pensamiento racional. El demonio no existe, no puede existir. Tú eres lógico y racional. Tú no deberías estar en este lugar, con esta gente...* - dijo, mientras cambiaba de métodos y estrategias, la infernal voz de la garganta.
- *Surja Dios Padre y se dispersen sus enemigos y huyan de su presencia, todos los que lo odien* - dijo el monje exorcizador, mientras le ponía delante de la cara a corta distancia, un crucifijo bendecido en Roma por el Papa - *Y surja Dios Hijo Jesús y se dispersen sus enemigos y huyan de su presencia, todos los que lo odien. Y surja Dios Espíritu Santo y se dispersen sus enemigos y todos los que lo odien. Y surja la Bienaventurada Virgen María, San Miguel*

Arcángel, San Benito, San Rafael, San Gabriel, todos los Ángeles buenos, todos los Santos y se dispersen sus enemigos y todos los que los odien... Amén.

La posesa Leyla, era una madre soltera que había hecho un pacto de sangre con el diablo, forzada por su difícil situación económica, pero que se arrepintió amargamente luego de mucho tiempo, al ver las consecuencias nefastas que acarreo sobre su vida y su familia. Había asistido a múltiples sesiones espiritistas y a cultos satánicos de todo tipo, ofreciendo como madre, el alma de su propio hijito Octavio a Satanás, a cambio de un maleficio horrendo para sus enemigos y la promesa del Maligno, de ser recompensada con muchísimo dinero...

- *¿Quién eres demonio, contesta?* - preguntó muy seguro el exorcista
- *No soy demonio, simplemente soy un alma en pena, el alma de Pancho Sierra y solo busco hacer el bien entre la gente...* - dijo la voz en forma angelical y melodiosa, intentando confundir.
- *¡Cállate ya, Satanás! ¡Te ordeno, por el Poder del Sagrado Corazón de Jesús, que ya mismo me digas tu nombre! ¡Te lo ordeno!* - respondió enérgico el exorcista.
- *Soy Orias y comando a trescientas cuarenta legiones. Soy un gran Marques del Infierno y me muestro como león furioso, montado sobre un caballo indómito que tiene su cola de serpiente venenosa. Transformo a los humanos según mi voluntad y los hago obtener dignidades y títulos, a cambio de su alma...* - respondió, aparentemente obedeciendo, la infernal voz. El exorcizador había mejorado mucho en sus técnicas y ya no dialogaba con el demonio, pero imponía su poder y autoridad, ordenándole que se limitara a contestar tan solo a sus preguntas. Había logrado no creerle, aun cuando el maligno simulaba ser un ángel, un difunto o un santo popular y ya no prestaba atención, a lo que veía y oía hacer con el poseso. También había obligado al ente satánico a revelar su nombre y el numero de demonios que poseían a ese cuerpo... Mientras tanto, los cuatro consagrados oraban y oraban constantemente, como si ninguna otra acción pudiese salvarlos.
- *Te ordeno, por el poder del Sagrado Corazón de Jesús, por el amor de María Santísima y bajo la protección de San Miguel Arcángel, que digas cuando comenzaste a poseerla a Leyla, porque y como lo hiciste* - inquirió con firmeza el exorcista.
- (...) - no hubo respuesta. Repitió el interrogativo por tres veces más, pero sin ningún resultado. El maligno se negaba a contestarle. El monje continuo rezando, pero saco de entre sus ropas una petaca con agua bendita y bruscamente, le lanzo todo su contenido a la posesa.

El grito atroz que Leyla lanzó, volvió a sacudir como en un formidable terremoto, a la castigada habitación del exorcismo y se escucho nítido el estruendo, incluso a cuatro cuadras largas a la redonda. Se arqueó el cuerpo de Leyla hacia atrás y comenzó con frenéticas convulsiones, que amenazaban con romper sus huesos tan delgados. Los ojos se le echaban hacia atrás, los dientes mordían lastimando sin descanso a su lengua. Orinada y defecada, teniendo fija la cabeza, comenzó a girar y

girar hacía la izquierda en cuerpo entero, retorciéndose sobre si misma como si fuese un vulgar trapo de piso, contrariando a todas las leyes y principios físicos de la anatomía humana. Entonces su cara comenzó a ponerse de color azul morada, mientras sus pulmones exhalaban todo el contenido y cesaron bruscamente, de respirar.

- *¡Se muere, se muere...!* - gritó desesperada la monja, intentando reanimarla aplicándole la respiración de boca a boca. Fue otro error mayúsculo que cometieron en ese día, los novatos exorcistas. La posesa saltó sobre la monja y con el mismo cordón del crucifijo que colgaba de su cuello, comenzó a estrangularla con una increíble fuerza. Los tres monjes dejaron de orar e intentaron liberarla. Solamente consiguieron volar involuntariamente por el aire, despedidos como en una violenta explosión, chocando pesadamente contra las paredes y quedando tirados por el piso, casi sin sentido.

Bruscamente levitaron hasta el techo los restos de maderas astilladas del oratorio y como gruesas estacas afiladas, se orientaron hacia el corazón de los cuatro religiosos, dispuestas a clavarse en lo profundo de sus pechos.

Sin rezos ni oraciones que lo neutralizaran, el demonio se envalentona, dispuesto a terminar con todo. La posesa saltaba eufórica, enardecida y en su excitación, comenzó a desnudarse impudicamente. Solo faltaba que diese la orden a las voladoras estacas y ella, quedaría para siempre liberada, para arrasar a voluntad y capricho con el resto del indefenso convento. Segura de su triunfo, decidió que antes de matarlos, debía torturarlos a mansalva, para satisfacer su odio y su rencor...

A las órdenes del maligno, miles de ratas apestosas invadieron pululando por el piso de la habitación del exorcismo, y se abalanzaron hambrientas, sobre los cuerpos flácidos de los religiosos que yacían obnubilados en el suelo. Para desesperación de las indefensas víctimas, no solamente comenzaron a mordisquear sus manos y sus caras, si no que con increíble vehemencia, buscaban introducirse por los orificios naturales de los monjes. Uno de ellos, luchaba desesperado contra una rata que, introducida profundamente en su boca, no le permitía siquiera respirar. Otro, luchaba contra uno de los pequeños animales, hasta que finalmente se le introdujo por el ano y aterrorizado, comenzó a sentirlo moverse dentro de su distendido abdomen...

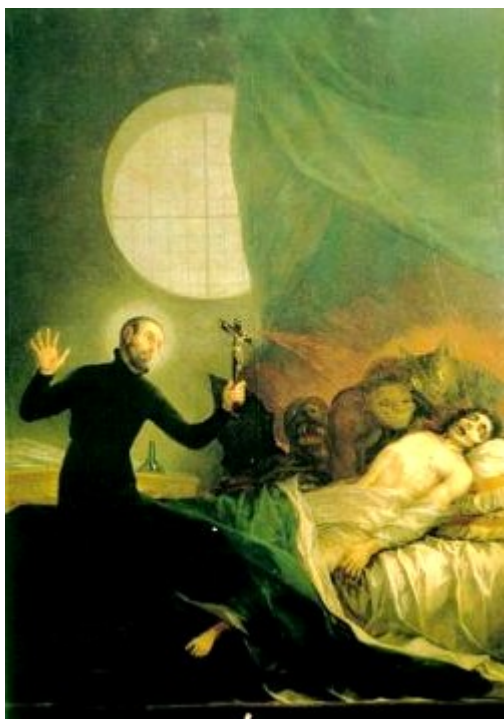
Todo parecía estar perdido. El exorcismo había fracasado, rotundamente. La posesa, reía y reía triunfante a carcajadas. El mal, parecía prevalecer sobre el bien...

- *Vade retro Satanás* - dijo apareciendo el monje al cual nunca nadie había podido verle el rostro, en ese monasterio. Sus tajantes palabras, hicieron desaparecer en el vacío de la nada a la multitud de ratas, caer al suelo las afiladas estacas y a la posesa, quedarse dormida plácidamente en el suelo. Se quitó lentamente su capucha y los tres monjes y la monja, al unísono exclamaron sorprendidos, cuando reconocieron quien era:
- *¡Es San Benito abad! ¡Es San Benito abad!...* - y se postraron

agradecidos, sin parar de orar, como el siempre les había enseñado a los de su congregación, en estos casos de exorcismo.

- *Continuad ahora vosotros solos, de la mano de Dios... que ahora, experiencia no os falta* - y dicho esto, San Benito se marchó. El monje exorcizador, limpió su rostro y continuó orando. Pronto se le sumaron los otros dos monjes y la monja, con sus largas letanías en latín.
- *Te ordeno, por el poder del Sagrado Corazón de Jesús, por el amor de María Santísima y bajo la protección de San Miguel Arcángel, que digas cuando comenzaste a poseerla a Leyla, porque y como lo hiciste* – volvió a preguntar el exorcizador.
- *Leyla hizo un juramento de sangre... ella cambió su alma por dinero y por el mal de sus enemigos... esto pasó hace tres años y cuatro meses... en una misa negra... que se hizo... un sábado a la noche... en el Cementerio de la Recoleta... adentro de un mausoleo... que tiene en su parte superior... un ángel... que se ve desde la calle... porque está... pegado a la calle* – respondió el maligno demonio.
- *Te ordeno demonio Orias, en el nombre de Jesús, que digas ya, cual fue la causa profunda que permitió que Leyla, fuese poseída por ti* – le requirió enérgico el monje. Comenzó entonces el cuerpo de la mujer a sacudirse, como en un escalofrío y a abrir la boca, como tratando de expulsar algo. El demonio dilataba el momento de responder, hasta que finalmente lo hizo, pero en diferentes idiomas, intentando una vez más confundir...
- *Elle n'a pas eue la confiance dedans si même, elle n'a pas cru ce qui sortirait en avant dans son elle, de problèmes, a perdu l'espoir et est arrivé pour dépendre des autres ... et les autres, ils l'ont convaincue que seulement il y avait une voie pour torcer la chance avec celui qui s'était dirigé: moi, le démon* – **dijo el demonio en francés.**
- **¡Responde, te lo ordeno por el poder de Jesús!**
- *She couldn't feel confident, she didn't believe she could go through her problems. She lost hopes, and began to depend on others... the others who convinced her that there was only one way to change the fate of her birth: Me, the Devil* – **dijo el demonio en inglés.**
- **¡Responde, te lo ordeno por el poder de Jesús!**
- *Sie hat kein Selbstvertrauen gehabt. Sie hat nicht geglaubt dass Sie seine Probleme lösen konnte. Sie hat die Hoffnung verloren und begann von die anderen abzuhängen.. und die anderen haben sie überzeugt, dass es gab nur einen Weg um seinem Glück zu verändern: Ich, der Teufel* – **dijo el demonio en alemán.**
- **¡Responde, te lo ordeno por el poder de Jesús!**
- *Lei non ha avuta fiducia in se stessa, non credeva che l'uscisse andare avanti coi sue problemi, persi la speranza e passata a dipendere dagli altri... e gli altri, la hanno convinte che soltanto c'era un senso per torcere la fortuna con quella che aveva nato: sono io, il diavolo.* - **dijo el demonio en italiano.**
- **¡Responde, te lo ordeno por el poder de Jesús!**

- *Ela não teve a confiança dentro dela mesma, não achou que iria para frente com os problemas, perdeu a esperança e começou depender dos outros, foi convencida que só existia um caminho para mudar a sorte que carregava ao nascer: Eu, o Diabo - dijo el demonio en portugués.*
- **¡Responde, te lo ordeno por el poder de Jesús!**
- *Она не tuvo доверие в ли плохо управлять чем-либо, она didn't верить который ликвидировать вперед в принадлежащий ему беспокоиться, она потерявший ее надежда и она поблекший к будьте уверены яние) от грамматический определенный член dembs. У грамматический определенный член dembs, ее Убедить который справедливый habna один дорога для того, чтобы крутить ее рок с ее который habna рожденный: Я, грамматический определенный член дьявол - dijo el demonio en ruso.*
- **¡Responde, te lo ordeno por el poder de Jesús!**
- *Is non tuvo fides procul utrum misma, is didn't puto quod liquidus ahead procul suus perturbo, is lost suus spes quod is obduco incumbo super of demás. Quod demás, suus convencieron quod iustus había unus via gratia intorqueo suus fatum per suus quod había prognatus: Ego, diabolus. - dijo el demonio en latín.*
- **¡Responde, te lo ordeno por el poder de Jesús!**
- *Ella no tuvo confianza en si misma, no creyó que saldría adelante en sus problemas, perdió la esperanza y pasó a depender de los demás... y los demás, la convencieron que sólo había un camino para torcer la suerte con la que había nacido: yo, el demonio - dijo finalmente en castellano.*



El monje exorcizador había aprendido del *Rituale Romanum* - el manual oficial de la iglesia para los ritos de exorcismo - y de lo enseñado claramente por el anterior monje exorcizador - *ahora fallecido* -, que la capacidad de una persona para hablar y entender idiomas extranjeros que nunca antes los había aprendido, era uno de los rasgos mayores de la posesión demoníaca, máxime si iba unida a manifestaciones de fuerza sobrehumana, conocimiento exacto de hechos ocultos y futuros y de un profundo rechazo por todo lo que fuera sagrado. Leyla, ante todo aquello que representase la religión y sus símbolos, como medallas, cruces o estampas, reaccionaba desde hacía muchos meses - *en el mejor de los casos* - con indiferencia, pero lo habitual ahora, era que reaccionase con burlas agresivas, aversión hacia las

personas que hablasen de Dios y a medida que paso el tiempo, cada vez más con

profundas crisis emocionales, de todo tipo y gravedad.

- *Contesta demonio ¿Cómo entraste en ella? ¿Cómo lo hiciste?... En el nombre de Jesús te lo ordeno que contestes... ¡Contesta ya! ¡Te lo ordeno!* – le mando el monje, mientras le hacía la señal de la Cruz en varias partes del cuerpo, especialmente en la boca del estomago, pues había notado que en ese lugar, era donde peor reaccionaba la posesa ante ese signo externo.
- *Ella comió... el corazón... que sacaron del pecho de Juan Tomás... un niño de seis años de edad... que le arrebataron a su madre... en una calle... de Buenos Aires. Fue... en una misa negra del Sabbath... tras los muros del Cementerio de la Recoleta. El cuerpo del niño, nunca más lo encontraron... aunque la policía lo buscó por todas partes... pues el grupo de hombres y mujeres, que hacía la celebración en mi honor... siempre los hace desaparecer con ácido muriático... los disuelve y los elimina, por las alcantarillas y las cloacas... nadie se entera, porque al chico lo traen al cementerio dormido con sedantes... y cuando lo sacrifican, como tienen que deglutir el corazón... cuando todavía esta latiendo... le inyectan por las venas... calmantes, de los más fuertes, así no grita... – reveló patéticamente el ángel de las tinieblas.*

A un costado de la habitación, se elevó un manto espeso de niebla, diseminado sobre la superficie del piso. Luego de unos minutos, comenzó a desaparecer y en su lugar, apareció materializada la bellísima estatua de "La Piedad" de Miguel Ángel... En ella, la bienaventurada virgen María, madre de Jesús, sostenía en su falda y entre sus brazos, el cuerpo sin vida de su divino Hijo. La escena era conmovedora y reflejaba el dolor más grande que puede experimentar una madre, en el paroxismo del sufrimiento, al punto de no poder derramar siquiera una sola lagrima y despertaba compasión y sentimientos nobles entre los monjes.

- *¡Que hermosa es! ¡Quiero tocarla...!* – dijo inocente la monja, e incorporándose amagó para acercarse hasta la estatua.
- *Cruz del Santo Padre Benito. La Santa Cruz sea mi luz, no sea el demonio mi guía. ¡Apártate, Satanás! no sugieras cosas vanas, maldad es lo que brindas, bebe tú mismo el veneno* – dijo el monje exorcizador, mientras levantaba la medalla de San Benito, que de un lado tiene la cruz y del otro la imagen del santo, con las iniciales de la oración protectora del exorcismo.

La monja se detuvo a tiempo y con una explosión enorme, la imaginaria estatua de "La Piedad" explotó con un ruido ensordecedor en mil pedazos, apareciendo en su lugar miles de víboras y serpientes, alacranes, escorpiones y llamaradas de fuego que ardían sin consumirse. El olor a azufre se hizo insoportable y las nauseas y arcadas, invadieron a todos... hasta que se formó un enorme pozo en el piso, que intentaba succionarlos... la mesa y las dos sillas, desaparecieron absorbidas en el enorme agujero... Leyla, parecía que era la próxima en ser tragada... todos oraban, concentrándose en Jesús y no se movían de su lugar. Ya eran expertos en exorcismo...

Por fin, el monje utilizó la oración mayor del exorcismo según lo que expresa el Manual del *Rituale Romanum*, para asestarle al maligno el golpe de gracia, con esta conjura:

- *Te conjuro, Satán, enemigo de la salvación humana, reconoce la justicia y la bondad de Dios Padre, que con justo juicio condenó tu soberbia y envidia. Aléjate de este siervo de Dios, Leyla, que el Señor hizo a su imagen, lo adornó con sus dones y lo adoptó como hijo de su misericordia. Te conjuro, Satán, príncipe de este mundo, reconoce el poder y la fuerza de Cristo, que te venció en el desierto, prevaleció en el huerto, te despojó en la cruz y volviéndose a levantar del sepulcro tu victoria llevó al reino de la luz. Retrocede de esta criatura, que al nacer lo hizo hermano suyo y muriendo lo adquirió con su sangre. Amén.*

De golpe, el olor a azufre asfixiante se transformó en un fuerte olor a rosas que alegraba los ánimos, desapareciendo también el pozo en el piso y acompañado todo de un ruido ensordecedor, similar al de un pesado tren que se aleja, hasta desaparecer. Igual, nadie se movió de su lugar, hasta que vencidos por el sueño, todos cayeron rendidos y se durmieron.

Despertaron luego de mucho tiempo y más o menos simultáneamente; él ánimo general era de mayor tranquilidad y serena alegría. Los muebles estaban otra vez en su lugar, sin que los mismos hubiesen sufrido el menor daño, incluso el oratorio. Leyla sonreía sentada, como confundida y perdida, pero en paz y confiada; no recordaba nada de la experiencia vivida.

Uno de los monjes, comentó la experiencia onírica que había tenido durante su largo sueño. Estaba en un hermoso jardín con rosales en flor, cientos de arboles cargados de frutos y miles de pájaros, que con sus trinos y cantos llenaban de belleza a ese edén. No obstante, la virgen María se le acercó preocupada y él, lo refirió al encuentro de esta manera:

- *Soñé que la Virgen del Rosario de San Nicolás, me repetía un mensaje que le había dicho a Gladys, la vidente de San Nicolás “Sométanse a Dios; resistan al demonio, y él se alejará de ustedes. Acérquense a Dios y Él se acercará a ustedes. Que los pecadores purifiquen sus manos; que se santifiquen los que tienen el corazón dividido. Reconozcan su miseria con dolor y con lágrimas. Que la alegría de ustedes se transforme en llanto, y el gozo, en tristeza. Humillense delante del Señor, y Él los exaltará. No busquen la muerte viviendo extraviadamente, ni se atraigan la ruina con las obras de sus manos. Porque Dios no ha hecho la muerte ni se complace en la perdición de los vivientes. Él ha creado todas las cosas para que subsistan; Las criaturas del mundo son saludables, no hay en ellas ningún veneno mortal y la muerte no ejerce su dominio sobre la tierra. Porque la justicia es inmortal.”*

La monja también había soñado. Y en su sueño se vio a sí misma meditando junto a un lago de mansas aguas, mientras observaba las ondas concéntricas que hacían en la

superficie, unos pequeños guijarros que lanzaba cada tanto, de uno en uno. Los comparaba con las acciones de los hombres y su repercusión sobre la vida de los demás. Entonces se le apareció la virgen y repitió palabras, que ya le había dicho a la vidente de San Nicolás:

- *“Dios creó al hombre para que fuera incorruptible y lo hizo a imagen de su propia naturaleza, pero por la envidia del demonio entró la muerte en el mundo, y los que pertenecen a él, tienen que padecerla.”*

Salieron de la habitación agotados, pero fraternalmente unidos por haber compartido semejante experiencia. Los cinco individuos se dirigieron a escuchar atentamente la misa dominical, que se celebraba en la iglesia monacal, ese domingo 19 de agosto de 2037, a las nueve en punto de la fría mañana. Habían pasado nada menos que siete días – *aunque a ellos no les había parecido tanto* -, desde que comenzaran los ritos de exorcismo. Sus bocas no habían probado alimento ni ingerido líquidos durante esos largos días. Y aunque experimentaban una ligera sensación de hambre, su fuerza espiritual en cambio, notaban que se había hecho fuerte y grande.

Una comida especial los aguardaba en el refectorio. Una vez satisfechas todas sus biológicas necesidades, marchó cada uno a su destino. Leyla, fue llevada en ese mismo día por la monja, a un convento de clausura, para que pasase allí una temporada de descanso y recuperación espiritual y física.

Y ese mismo domingo por la noche, Leyla se entrevistó largamente con Don Triángulo, narrándole su triste historia con lujo de detalles, pues el paisano, debía terminar con la obra de ayudarla. El tiempo apuraba, pues había desaparecido Octavio - *su hijo de seis años* -, el jueves previo, el cual había quedado a cargo de su abuela y nadie conocía el actual paradero del mismo. La policía lo buscaba sin ningún indicio, rastro o pista y nadie había pedido un rescate.

Leyla le contó a Don Triángulo que luego de la ceremonia de iniciación en el cementerio, paulatinamente comenzó con los primeros síntomas que reflejaban la pérdida de su autonomía y de su libertad. Perdió su trabajo sin conocer los motivos, y si bien el que la hizo echar, cayó desde un balcón del piso veintiséis de un edificio de oficinas, se sentía aterrada. En pocos días recibió dinero por la indemnización, que en forma inexplicable se la liquidaron al quíntuplo de lo que le correspondía. Así como le entraba fácil el dinero, también le desaparecía inexplicablemente de donde lo dejaba guardado y su angustia era mayor.

Las discusiones, peleas y agresiones físicas entre los miembros de su familia, alcanzaron niveles demenciales, sin reales motivos que justificaran semejante agresión. Otras veces, esas disputas se debían a que ella intentaba con inusual vehemencia, que su madre abrazara la religión del satanismo. Intentó rehacer seriamente su vida, pero ninguna relación con los hombres que conoció, le duró más allá de cuatro meses y siempre terminó el noviazgo mucho más depresiva que cuando estaba sola. Salvo su madre, que soportaba cualquier cosa, todo su entorno familiar y unas pocas amigas, se fueron alejando paulatinamente de ella. Sentía que los vecinos

o cualquiera que se relacionase con ella, la agredía sin motivos y con mucho odio.

Sus problemas de salud se multiplicaron. Sus rasgos obsesivos, se intensificaron hasta niveles inimaginables, imposibilitándole el vivir normalmente. Un día le dolía el cuello, al otro se le partía la cabeza y luego, los dolores de cintura eran tan intensos, que la inmovilizaban por semanas en la cama. Los dolores de huesos y de músculos, tenían confundidos a los mejores especialistas que consultaba y no respondía a ninguno de los múltiples tratamientos que ensayaban. Luego, se agregaron los hormigueos en las manos y en las piernas, hasta el punto de no dejarla caminar y caérsele las cosas de las manos.

Las pesadillas terroríficas y los sueños no reparadores, determinaban que se levantase cada día, más y más cansada. Empezó a perder la memoria y a desconfiar de todo el mundo y la ausencia de apetito, llegó a niveles alarmantes. Adelgazó más de quince kilos y nadie dejó de sospechar, que probablemente tenía una enfermedad tumoral o infecciosa muy severa.

No toleraba que en presencia suya, hubiese cualquier símbolo relacionado con lo religioso. Su actitud hacia los demás, era de permanente desafío y actuaba casi siempre con gran violencia física y verbal. Comenzó a ser muy cruel con los animales, las personas y hasta con ella misma. Se volvió una verdadera experta en temas sexuales y prefería acostarse con desconocidos, a los cuales solo veía una vez.

Los sucesos extraños en su vida, comenzaron a ser cada vez más frecuentes cuando se introdujo de lleno en todo tipo de prácticas ocultistas. Se transformó en una experta en el uso de la Oui-ja y del Tarot. Su afición a médiums, adivinos, brujos, sanadores y curanderos, creció cada vez más, visitando a todos y aprendiendo de sus técnicas. No había misa negra del Sabbath, que no contase con su presencia activa.

Cambio su forma de vestir y adoptó ropas sexualmente muy provocativas, que impresionaban por lo siniestras. Su afición por el alcohol y las drogas, fue creciendo, hasta que veinte días antes del exorcismo, su vida estalló en una severa crisis, que requirió de urgente internación psiquiátrica, la cual tampoco remedió su problema.

Leyla lloraba amargamente por su hijo, al cual anhelaba recuperar y por esa vida en paz que anhelaba reconstruir, lejos de todo aquello que la había conducido a semejante ruina. Era tarde para llorar, pero ¿qué otra cosa podía hacer en ese particular momento? Solamente podía esperar que el bien, prevalezca sobre el mal. Como si fuera una burla, en su mente rondaba una expresión que muchas veces la invadía, aunque su yo profundo quería apartarla:

- *Que bien estaba, cuando estaba mal, pero sin ese mal que envenenó a mi vida. Que tristeza, que soledad y que abandonada que me siento al haber perdido a mi hijo. Siento ahora en mi propia carne lo que sufrió esa madre, el tormento atroz de la que perdió a su hijo por obra de los que secuestraron y mataron a un inocente, para cumplir con la ceremonia de mi iniciación...*

- *Mire doña..., si con la muerte todo se terminase, no tendría ningún sentido la vida en este mundo. Solamente habría que gozarla al máximo y a lo mejor, sería preferible que el mundo se acabase y acabara para siempre con el dolor, la alegría y todo sentimiento. Pero no somos igual que una vaca o que una mosca. Algo más hay en nosotros, que no se deja medir ni pesar, que no podemos saber cual es su lado derecho, ni su izquierdo. Ese algo, que escapa a las dimensiones y medidas de lo físico, es el sentimiento y la idea que flota en nuestra mente y nos conecta con el mundo espiritual. Solamente sufriendo, trabajando y esforzándonos por ser mejores cada día, alcanzaremos la alegría profunda del deber cumplido. Hay un camino de bien que construye y uno de mal, que nos destruye. Permítanos ayudarla y tendrá con usted a su hijo y lo que vale más, tendrá la oportunidad de reconstruir su vida... – dijo Don Triángulo acariciando su barba, como siempre lo hacía cuando se ponía a meditar en los primeros principios y las primeras causas de la vida.*
- *Mi vida y la de mi hijo, están en sus manos, Don Triángulo... –* respondió Leyla con humildad.
- *No Doña, esta equivocadísima... nuestras vidas están en las manos de Dios. Yo le traeré a su gurisito, para que usted lo llene del amor que le faltó vivir al otro que murió en ofrenda al Maligno. Se lo traeré, aunque sea lo ultimo que haga... –* y dicho esto, Don Triángulo partió, no sin darle antes un largo beso en la frente a Leyla.

Martes 21 de agosto de 2003, el sol se ocultó a las dieciocho horas con veintiséis minutos. Un rato antes de desaparecer el astro rey en el horizonte de Buenos Aires, entró caminando Don Triángulo a uno de los grandes y antiguos cementerios porteños.

El Camposanto estaba formado por calles principales en las que se levantaban tumbas, mausoleos y monumentos funerarios. Más allá, numerosas calles periféricas, extendían los límites del cementerio por cuadras y más cuadras. Como en una verdadera ciudad dentro de otra, en ella había “barrios” ricos, otros de clase media y muchas, incontables cruces “peladas” de las zonas pobres. Aunque todos estaban muertos, por fuera se seguía evidenciando el estrato social del cual provienen. Ricos y pobres, famosos y desconocidos, héroes y víctimas, policías y ladrones, por afuera aún mantienen sus diferencias evidentes. Pero adentro de los silenciosos ataúdes, donde los huesos y la carne en fetidez, la carroña y las legiones de microbios son dramáticamente iguales, la muerte logra nivelar, generando una esquelética sociedad sin clases.

Don Triángulo estaba esperando y todavía, era demasiado temprano. Simplemente se dedicó a pasearse por el extenso cementerio, contemplando el valor arquitectónico de las construcciones que se remontaban al siglo XIX. Los diferentes estilos en que cientos de arquitectos, cuyos nombres perduraban grabados en la piedra, construyeron galerías góticas, mausoleos en mármol de Carrára de estilos griegos,

moriscos, aztecas, modernos y otros, recargados de barroco o exóticos, como los mausoleos egipcios en forma de pirámide, incluso con una esfinge en su entrada, eran el mudo y eterno testigo de los valores de una sociedad, a lo largo de su historia.

En muchas de sus calles y en el perímetro de los parques internos, estaban plantadas largas hileras de cipreses, considerado el árbol fúnebre por antonomasia. Asimismo, cada tanto, aparecían altísimas palmeras, el árbol del desierto que representa el triunfo final de la vida y de la eternidad; Y también crecían los cedros, los laureles y los romeros, que hundían sus raíces en la tierra alimentándose de sus entrañas, abonadas por la muerte, pero resucitando en una nueva y floreciente vida entre sus hojas.

Y junto a esa profusión de formas, volúmenes y espacios, no dejaba de sorprenderse ante las bellas esculturas que adornaban a decenas de panteones, ni ante los hermosos vitrales de figuras religiosas, ubicados en los mausoleos de familias ricas.

Don Triángulo meditaba sobre el discurrir de su vida, mientras contemplaba sereno en el anochecer, la ciudad misteriosa de los muertos. Cada muerte fue una vida de la cual, algo en su tumba podía leerse todavía. Y cada vida que se apagaba, también algo escribía en la historia imparabla de ese infinito camposanto. Una historia que nos espera inexorable a todos y de la cual, formaremos parte en algún día.

Dormitaba Don Triángulo, pensando en todas estas cosas. Cuando la oscuridad avanzó y cerca de las diez de la noche, unos extraños ruidos lo sobresaltaron. El se había mantenido oculto, soportando el molesto frío entre dos mausoleos y esperando con paciencia. El día había estado parcialmente nublado y ahora, una neblina brillante y espesa se extendía fantasmal, ocultando a las formas y a los actos.

Una extravagante procesión de negras sombras, integrada por famélicos hombres y escuálidas mujeres, cubiertos sus cuerpos por largas togas negras, caminaban apresurados y en silencio. Pasaron frente a él, pero sin registrarlo. Un hombre alto transportaba entre sus brazos a un pequeño niño que dormía, colgando hacia atrás su cabeza, sus brazitos y sus piernas. Era Octavio

Iban a un conciliábulo de brujos y brujas que se realizaba en ese cementerio, bajo la bendición del demonio y presidido por el brujo mayor de una tenebrosa Secta Satánica. Su objetivo era realizar una mezcla de adoración al diablo y desenfreno erótico, orgías y excesos satánicos de los más espantosos, en los cuales se dignificaba aquello que la iglesia renegaba, se realizaba lo que aquella condenaba y se maquinaba maquiavélicamente, contra lo que aquella consideraba intocable.

Era un Aquelarre que celebraban excepcionalmente en ese día martes, porque se trataba de una fiesta mayor, pues cumplía años su máximo brujo, el líder y para su forma de pensar, ninguna ocasión superaba al nacimiento de un brujo, pues para ellos, no existe en el universo nada más importante que uno mismo.

No era lo común, pues normalmente acostumbraban a celebrarlo en lugares apartados y descampados, los sábados por la noche y como alternativa, los miércoles y viernes.

Entre cruces y mausoleos, una lechuza, un cuervo y un gato que miraban extrañados al singular Aquelarre, se acomodó cautelosamente Don Triángulo, esperando paciente su oportunidad de actuar.

El brujo principal había ayunado durante nueve días, durmiendo no más de dos horas por la noche, aspirando el humo de hierbas especiales y hasta se había untado todo el cuerpo, con el famoso “*ungüento de brujas*”, lo cual le permitía tener casi en forma permanente, las más terroríficas visiones diabólicas, de todo tipo, color e intensidad.

Las mujeres hechiceras, aproximadamente unas treinta, se formaron en tres círculos, danzando en un evidente estado de agitación y desenfreno, provocado por el alcohol que consumían frenéticas, en prolífica abundancia. Se alumbraban con gruesos cirios negros y se agrupaban según sus funciones. Uno de esos círculos malignos, era el de las *Cabantes*, los demonios más fétidos y sucios, que jamás se bañan ni higienizan y que se destacan por su enfermiza euforia; Otro círculo, el de las *Ménades* o brujas, estaba formado por las más crueles y violentas y el tercero, el de las *Thiadas*, por las más impetuosas y ardientes sexualmente.

Estas adoradoras de Lucifer, para lograr el máximo estado de purificación y exaltación, despedazaban y tragaban culebras crudas y animales consagrados al maligno, como las gallinas muertas y los escuerzos y lagartos vivos. Su crueldad demencial les hacía desgarrar los miembros de los animales aún con vida, e ingerirlos después de agitarlos por el aire, salpicando con sangre. Don Triángulo, comprobó que ellas no tenían sangre ritual para beber y desde su escondite, notó la ausencia de terneras y machos cabríos, como ofrendas centrales de esa demoníaca ceremonia. Eso significaba una sola cosa: que se iba a consagrar – *inmolándola* – a una víctima humana. Octavio.

Los hombres, unos quince en total, no se quedaban atrás en su terrorífica locura. Cantaban rítmicamente “*a capella*”, unas extrañas canciones africanas, cuya lengua solamente ellos podían entender. Y enarbolando con impetuosa furia a unos largos y gruesos bastones, se golpeaban brutalmente entre sí hasta sangrar copiosamente, e incluso, llegaban a auto-flagelarse sin sufrir ni experimentar el más mínimo dolor. No paraban de ingerir vinos, licores y brebajes de hierbas muy exóticas.

Dos hombres comenzaron a sodomizarse entre sí, acompañados por las carcajadas terroríficas de todos los presentes y le siguieron varias mujeres, masturbándose a la

vista de todos y entremezclándose con hombres y mujeres, en un verdadero “*vale todo*” sexual de “*todos contra todos*”. Varias mujeres sacaron hostias consagradas de entre sus ropas – *robadas en alguna misa a la que asistieron, aparentando comulgar* - y las lanzaron al piso, mientras las escupían y pisaban. Don Triángulo, que no le hacía asco a nada, esa vez debió cerrar sus ojos, al no poder soportar la triste visión de lo que esa masa humana enajenada, se desesperaba por hacerle al máximo y supremo valor de la iglesia cristiana.

Todos tenían las inconfundibles *Marcas del diablo*, mediante la cual el ángel de las tinieblas etiqueta a sus discípulos. Una de esas marcas se las hace en el hombro izquierdo, clavándole la uña de su mano izquierda hasta sangrar y la otra en la pupila, con una aguja de oro incandescente, que sin producirle dolor, dibuja un pequeño sapo en la cornea del ojo, que sirve de santo y seña para reconocerse entre los brujos.



A las doce de la noche en punto, sonó una pequeña campana y todos se quedaron como petrificados. Sobre la lapida de la tumba de un asesino serial de treinta y tres víctimas, entre mujeres prostitutas y niños de la calle, el brujo mayor había desplegado un negro tapiz con el sello de *bafomet*, el pentagrama con la estrella invertida, mirando hacia el Este. Tenía preparado un cáliz metálico de color gris plateado y había encendido un par de velas, una de color negra a su izquierda y otra blanca a su derecha, representando a la hipocresía de las religiones de luz blanca. Un escalofrío recorrió la espalda de Don Triángulo, al comprobar que no había elixir para el cáliz, pues eso implicaba que iban a beberse la sangre de la víctima todavía con vida.

Los niños representan la guarda del germen de la vida y son los portadores de la fecundidad y de la vital lozanía. En esos sacrificios de infantes, en los que beben desesperados la sangre que mana de las heridas que ellos mismos producen, terminan arrancándole jirones de carne a los niños, para cubrir su propio rostro con piel fresca y juvenil, invocando a gritos a Luzbel, para que les devuelva su juventud perdida.

Tenían escritas todas sus peticiones al Maligno en papel de pergamino y con tinta sangre, de color rojo rutilante. Ellas, estaban prolijamente colocadas a la izquierda del hechicero, mientras que las maldiciones, estaban colocadas a su derecha.

Con una voz gutural que parecía provenir de ultratumba, el sacerdote de la magia negra satánica, comenzó muy concentrado, con el rito de oraciones al demonio:

- *¡In Nomine Satanas Luciferi Excelsi Dei Nostris!... En el Sagrado Nombre de Satanás, Amo y Señor de toda la Tierra, Venerado Príncipe del Mundo, ordeno a las fuerzas de la oscuridad que me colmen de todo el poder Infernal. ¡Que se abran las puertas del Averno y salgan los ángeles del abismo a recibirme como hermano!... ¡ Otorgádme Lucifer las indulgencias*

que os pido! ¡Que tu mismo nombre se haga parte de mí! ¡Para eso vivo como las bestias del campo, regocijándome en la vida carnal! ¡Por todos los Dioses del Infierno, ordeno que lo que digo suceda! ¡Salid y concededme mis deseos!

Y luego, el hechicero comenzó a purificar el aire con la campana, haciéndola sonar repetidas veces en sentido antihorario.

- *¡Satán!* - gritó mirando hacia el Sur
- *¡Lucifer!* - exclamó mirando hacia el Este
- *¡Belial!* - profirió mirando hacia el Norte
- *¡Leviatán!* - pronunció mirando hacia el Oeste

Luego, una vieja y arrugada sacerdotisa de Lucifer, leyó en voz alta las peticiones mientras las quemaba lentamente en el fuego de la vela negra. A las maldiciones, las quemó en la vela blanca.

Alguien comenzó a tocar exasperado la campana como señal de purificación ritual completa y finalizaron entonces las primeras partes de la diabólica ceremonia, diciendo las palabras consagradas de la Biblia Satánica:

- *¡Hecho esta! ¡Shemhamforash! ¡Salve, Oh Gran Satanás!*

Todos los ojos miraron hacia Octavio, la segunda parte del ritual. El pequeño había recibido una pequeña dosis de curare, un bloqueador neuromuscular muy usado en anestias, que le permitía estar consciente y respirar, pero lo dejaba incapaz de mover un solo músculo. Buscaban que tuviese miedo, terror y angustia, pero sin moverse, porque así el espíritu infernal lo poseería rápida y eficazmente.

Cuatro hombres lo rodearon y cada uno tomo un miembro del niño entre sus manos, preparados para tirar hacia fuera y descuartizarlo, remedando el martirio del indio Tupac-Amarú. El hechicero mayor, ubicado en la cabecera de la lapida de la tumba, adonde habían acostado a Octavio sobre el *bafomet*, elevó empuñando en sus dos manos a un largo cuchillo de piedra, de cuarenta centímetros de largo, por encima de su negra cabeza encapuchada, mientras clavaba los ojos en el centro del pecho de la criatura.

El silencio que se hizo fue total. El universo entero parecía detenerse. La injusticia, el mal, el abuso y la miseria humana, hacían gala de su mayor bajeza. ¿Algún psicólogo sería capaz de entender la podredumbre de esas mentes? ¿Algún abogado podría salir en su defensa?

El corazón de Don Triángulo comenzó a latir con mucha fuerza y cada vez más rápido, amenazando con salirle del pecho. Luchaba dificultosamente para que entrase el aire en sus pulmones y un nudo en el estomago, amenazaba con partir en dos su viejo cuerpo.

Luchar contra el mismo demonio no era fácil. El demonio, tiene un gran poder sobre

este mundo. Y el mismo Lucifer en persona, aguardaba agazapado y a la espera de cualquier acción que intentase hacer Don Triángulo... el cual permanecía inmóvil.

El combate era entre Lucifer y Don Triángulo. Cada uno, habiendo llegado hasta ese punto, esperaba que fuese el otro quien diese el primer paso... y los segundos parecían minutos y los minutos, se hacían eternos.

Nunca se sabrá quien dio la orden. Quizás, tampoco importe demasiado, porque lo que interesa en estos casos, es siempre el resultado final... Pero lo que sucedió, sucedió de golpe, como a veces pasa en estos casos. Miles de luces, de las luces malas y de las luces buenas, se encendieron súbitamente sobre el tétrico escenario, iluminado con tal intensidad que parecían diez astros solares juntos, en su momento de mayor luminosidad. Nada peor para los hijos de las tinieblas, que la pura y perfecta claridad que como una catarata se derramo sobre ellos...

El Basilisco, calcinó con su mirada penetrante a uno de los que tiraba de un brazo, transformándolo en un pedazo amorfo de carbón... El Lobizón, hincó sus filosos colmillos en el glúteo del que tiraba el otro brazo, haciéndolo huir a través del campo santo...

La Fiura, le asestó un poderoso puntapié en la entrepierna del que tiraba de una de las piernitas del niño, haciéndolo girar tres vueltas en el aire, para caer estampado contra el piso... y Vairoleto, le propinó una descomunal trompada al otro "estirador", del que nadie sabe a ciencia cierta, cual es su paradero actual.

Todo salió a la perfección... salvo por un detalle. Cuando el Chupacabras enlazó por sus piernas al brujo mayor, este logró bajar sus manos... y con el sonido de un crack mortal, el cuchillo de piedra atravesó la piel, el pecho y el corazón de Octavio...

La vida se escapaba del pequeño cuerpo. Sus ojos eran los únicos que podía mover a consecuencia del Curare, mientras miraban hacia el cielo, implorando una clemencia que se negaba a bendecirlo. Su cuerpo, rápidamente se volvió de color pálido marmóreo, mientras el puñal se movía acompasado con su respiración, en forma cada vez más rápida, como si el corazón y los pulmones se apresurasen a correr hacia la misma muerte...

Don Triángulo se acercó velozmente hasta el pequeño, mientras su grupo de amigos y de aliados, luchaban a brazo partido contra los dementes hechiceros y los inmundos enviados del infierno. La victoria, estaba asegurada, pero la vida del niño se escapaba sin piedad.

Tomó con su mano izquierda el puñal y lo arrancó del pecho del pequeño; salió chorreante en sangre de inocencia. Y con un preciso movimiento, se lo clavó a sí mismo en el pulgar de su mano derecha, en la extraña y vieja cicatriz del ombligo ubicado en su dedo (aquella imborrable marca que lucía desde su nacimiento). Y cuando lo vio sangrar en un grueso y potente chorro pulsátil, se lo introdujo en el

pecho del niño, hasta lo mas profundo de la herida de su tórax...

Octavio abrió los ojos. Su mirada vivaz y la rapidez con la que elevó su cabeza, mirando y escudriñando todo a su alrededor, evidenciaban la rápida y sorprendente mejoría que experimentó, a raíz del increíble tratamiento. Su respiración se regularizó y nuevamente, el color rosado volvió a ser el de su piel.

- *¡Mami!... ¡¿Dónde esta mi mami?!... ¡Quiero a mi mami!* - clamó Octavio en un leve y breve lloriqueo, mientras se sentaba y tocaba extrañado su pecho, en el cual, si se observaba con muchísimo cuidado, lograba adivinarse una pequeña cicatriz - *que hasta parecía antigua* -, en el lugar que lo atravesó el puñal.

Don Triángulo se sintió muy débil. Dobló sus piernas y cayendo de rodillas, apoyo sus manos en el húmedo y frío suelo, mientras lentamente se giraba con dificultad, hasta apoyar su espalda en el piso. Agonizaba. Él haber transmutado su energía vital y su sangre, donándosela integra al pequeño infante, firmó su definitivo pase al mas allá...

Le había prometido a Leyla, que le devolvería a su hijo y su palabra empeñada, nada ni nadie impediría jamás que la cumpliera. Abría su boca, tratando de aspirar el aire a bocanadas, pero estas eran cada vez menos frecuentes.

El Niño de la Esfera Azul Celeste se puso al lado de Don Triángulo y mirándose entre ellos a los ojos, se sonrieron con la ternura de dos viejos y queridos conocidos, como si este final fuese algo muy triste, pero también inevitable y esperable, conocido, desde el comienzo de los tiempos.

- *Ya mismo me lo llevo a Octavio con su madre, Don "Tri - Tri"* - le dijo cariñoso El Niño de la Esfera Azul Celeste, mientras lo besaba suavemente en la frente, despidiéndose con un "hasta luego y hasta siempre" y conteniendo con dificultad las lagrimas y la amargura, que lo asfixiaban en su etéreo cuerpo.

Don Triángulo mantenía abierto sus ojos, pero estos se le iban para atrás, de tan pesados que comenzó a sentirlos. Ya casi no respiraba y ni siquiera luchaba para hacerlo... y nadie quedaba en el oscuro cementerio.

La guardia nocturna de seguridad del cementerio, acostumbraba a recorrerlo en forma completa cada cuatro o cinco horas, en prevención de hurtos en las tumbas, pues habían sido muy frecuentes en los últimos meses. Y en la ronda nocturna de las dos de la madrugada, lo encontraron "boqueando" en el suelo, a Don Triángulo.

(«**Transmisión radial** entre una Central de Emergencias y una ambulancia»)

- « Central, Central, Central a ambulancia ochenta y dos, cero, nueve...»
- « Ochenta y dos cero nueve en "QRV" (en escucha)...»
- « Personal de seguridad nos informa de un N.N. masculino, muy añoso, con cuadro de paro cardiorrespiratorio, en interior de cementerio... ¿QSL (entendido) hasta ahí, ambulancia? »
- « Si, QSL Central, QSL...»
- « Diríjase en Código Rojo al cementerio... con las precauciones del caso... para su conocimiento, ya se despachó también a personal policial... posiblemente se trate de salteador de tumbas... repito, posible salteador de tumbas ¿QSL?»
- « QSL, QSL, Central. Me dirijo en Código Rojo...»

En siete minutos escasos, llego con la ambulancia pública al cementerio. Soy Carlos, él medico emergentólogo a cargo de la misma. Me esperan unos guardias preocupados en el enorme portón verde de la entrada, que apresuradamente me lo abren, haciéndome señas de que ingrese. Miro a las tumbas y panteones que pasan por mi ventanilla y me recuerdan a casas diminutas, de un alejado y muy triste barrio sin luz.

En una curva, detrás de las cuatro palmeras juntas que parecen dibujar una enorme W, bajo la luz de la ambulancia diviso tirado sobre el piso, a un hombre que se parece a un linyera... o quizás a un gaucho de las pampas (*¿pueden confundirse tanto en nuestros prejuicios?*). Esta agonizando... y ya, en sus últimos estertores. Me aproximo, lo ausculto y apenas si noto que respira; también observo que le late muy débil, su cansado y viejo corazón.

Siento en mi cerebro que la persona me habla... que se llama Don Triángulo... y toda una larga historia sobre la Argentina engualichada... y lo que sucederá dentro de dos días, el veinticuatro de agosto...

- *Pero entonces..., a usted el mundo entero lo necesita. Por favor, no se me muera... - le contesté también telepáticamente, sin saber hasta ese momento, que yo era capaz de semejante habilidad.*
- *No importa que yo muera, doctor... ninguna misión en este mundo, debe depender de una persona sola. Nadie está definitivamente muerto si su obra continúa. Tome mi posta y difúndala. Muéstrele a los que quieran ver, hágale oír a los que quieren oír, cual es el camino de la salvación en Argentina...*
- *¡¿Yo?! ¿Que yo les muestre? ¿Que cosa? ¿A quienes?...*
- *El mensaje está en la escultura de la Florális Genérica... yo se los deje preparados... difúndalo, doctor. Se lo pido por Argentina.*
- *¿Florális Genérica? ¿Que es eso?...*

Sus pupilas se dilataron, aunque sus párpados permanecían bien abiertos. Yo mismo

- *como médico* - comprobé que no latía más su corazón. No había el menor movimiento en su tórax y cuando le aplique fuertes "estímulos dolorosos", como marca la buena práctica médica, no obtuve ninguna respuesta, en absoluto. Clínicamente estaba muerto. Intenté algunas maniobras de reanimación... pero al rato desistí de las mismas, porque comprobé su inutilidad total.

Me dispuse a llenar el certificado de defunción y cuando saqué la birome del bolsillo... delante de mis propios ojos, el cadáver de Don Triángulo se esfumó... o se desintegró, o algo similar. Quede estupefacto, anonadado y sin saber que hacer...

- *¿Dónde esta el "fiambre", tordo?* - me sacó de mi estupor el enfermero y camillero, que trabajaba conmigo en la ambulancia.

Lo miré, sin saber que responderle. Dudaba hasta de mi mismo y me parecía indecente, decirle que en el aire se esfumó...

- *¿Se escapó, no? ¿Sé hacia el muerto, no?* - me insistía el enfermero tratando de encontrar una explicación lógica

- *Eso... si, eso... se escapó. Sé hacia el muerto...* - dije tragando saliva, pero un poco aliviado de poderle dar una explicación, mas o menos racional, sin que me tomen por loco.

Todos se la creyeron, hasta la policía... que salió a buscarlo. Menos yo, que no entendía nada y sentía la enorme responsabilidad, de la labor que me encomendó ese insólito Don Triángulo.

Salimos del Cementerio. Informamos a la Central y quedamos esperando el próximo auxilio que surgiera, mientras amanecía en la Ciudad. Jorge, el chofer de la ambulancia, nos cebó mate y mientras saboreábamos biscochitos de grasa recién horneados, que nos regaló un panadero amigo, me atreví a preguntarles.

- *¿Que es la Florális Genérica? ¿Alguno la conoce?*

- *Si doctor, es la Flor de Palermo... esa que esta en Parque Thays, cerquita a la Facultad de Derecho* - me contestó Walter, el enfermero.

- *Yo estuve en esa Flor, para cuando ofrecieron un concierto de Vivaldi, que se hizo por los inundados y cobraban una caja de leche en polvo* - dijo Jorge, chupando con fruición la bombilla, hasta vaciar el mate - *Es preciosa. Junto con el obelisco, es lo que más representa actualmente a Buenos Aires.*

- *La donó un arquitecto argentino, Eduardo Catalano, a un costo de cinco millones de dólares. Toda la estructura mide veinticinco metros de alto y tiene seis pétalos de aluminio y acero, de casi veinte metros cada uno. Está ubicada en la parte más alta de la plaza, rodeada por una fuente de agua en cascada, de cuarenta y cuatro metros de diámetro. Y pesa como dieciocho toneladas.*

- *La flor se abre electrónicamente al alba y se cierra al atardecer. Tiene un sistema hidráulico accionado por computadoras, que la cierra automáticamente en sesenta segundos, si soplan vientos que superan a los ochenta kilómetros por hora.*

- Durante cuatro noches en el año, los pétalos quedan abiertos: el Día de la Primavera, el veinticinco de Mayo, el veinticuatro y el treinta y uno de diciembre.
- No solamente, los pétalos también quedan abiertos durante las noches de luna llena...

Terminó la guardia y quería olvidarme del asunto. Pero dejé el bolso con el uniforme de médico, los libros y utensilios de medicina en mi casa y en vez de ir a dormir, me encontré al rato, paseando por la Plaza de las Naciones Unidas, en la intersección de la Avenida Figueroa Alcorta con la calle Austria.

Era la primera vez que la veía. Quedé prendado de la *Florális Genérica*, por la poesía espléndida que en su silencio de metal expresaba. Parecía representar a todas las flores, a las más hermosas de este mundo. Era el símbolo perfecto de una primavera permanente y de una esperanza, que nunca deberíamos dejar que se muriese...



Cuidando que los de vigilancia no me viesan, aproveché que a la puerta gris bajo la estructura de hormigón de la fuente, la habían dejado sin llave y entonces me introduje silenciosamente, en la sala de comandos y desde ella, accedí a la base de la flor. Busqué por el Perianto de la flor, entre la Corola formada por los pétalos y por el Cáliz, en la parte verde de la flor,

hecha de múltiples piezas, a las que llaman sépalos. No encontré nada.

Busqué en el Androceo, entre los Estambres, entre esas hojitas transformadas que se cargan con el polen. Miré en el filamento, en su bolsita cargada de polen y en la antera, donde se encierran los granos del polen fecundado. Tampoco encontré nada..

Y busqué en el Gineceo, en el Carpelo, en la parte femenina y reproductora de la flor, y seguí buscando por el Estigma, en el receptáculo donde se recoge el polen, hasta que finalmente - *en ese último lugar*- por suerte, lo encontré.

El tesoro que buscaba, resultó ser una pequeñina y vieja libreta con anotaciones, en la que estaban escritos y explicados, toda una serie de caminos. Una cosa preciosa solo debería guardarse en un lugar precioso, especulé que habría sido el pensamiento de Don Triángulo. El título, simplemente decía: *LOS SIETE SENDEROS ARGENTINOS DEL WALICHO ARCO IRIS...*

Al principio me costó mucho entenderlo, pero de a poco fui captando la riqueza de su contenido. Describía a siete senderos que se extienden a través de la Argentina. Cada uno, tiene un recorrido de aproximadamente setecientos kilómetros y un color símbolo, que lo diferencia y representa, extraído de alguno de los siete colores del arco iris, por ser este la antítesis del negro, el cual simboliza a la desesperación.

Explicaba que debían cumplirse los trayectos, alternando entre la meditación y el viaje en si mismo, andando en bicicleta y siempre vestido con ropas del color que corresponde a cada camino. Cada viaje cumplido, autoriza a que se porte una cinta en la muñeca izquierda, del color del camino realizado. Cuándo se cumplen los siete senderos (*¡4.900 kilómetros!*), a las siete cintas se las puede resumir en una sola, de color blanco, máximo grado de espiritualidad, la cual habilita al que la lleva, a ser un Guía Espiritual de iniciados.

Sobre todo, leyendo estos senderos, percibí que me dieron la respuesta que más necesitaba, pues llegó el 24 de agosto del año 2037 y aparentemente, no vi que pasara nada en esta parte del globo terráqueo, en el cual habitamos como siempre y desde siempre. Ese día, tan temido por Don Triángulo, fue uno más de la rutina que deviene entre el pasado y el futuro...

¿Y entonces? ¿Qué pasó? ¿Para que hizo tanto lío, ese viejo con sus cuentos? ¿Eran todas mentiras?... Ese día, recuerdo que mi cabeza hervía, tratando de entender algo y resistiéndose a formar parte de la ensalada que confundía el mito, la leyenda, la historia y la futurología de Argentina...

Pero de golpe, a todo lo vi perfectamente claro. En el 2037, cumplíamos como argentinos, exactamente doscientos treinta años de una lucha constante contra la Inglaterra usurpadora. Doscientos treinta años desde aquellas invasiones inglesas que quisieron aplastarnos y no pudieron. Doscientos treinta años desde su dominación, más o menos encubierta, que nos destruyó poco a poco como un verdadero cáncer, sin perdonar al quebracho del norte ni a los tesoros de nuestra árida Patagónia. Doscientos treinta años desde que la pérfida Albión fue sembrando la inquina entre nuestros países vecinos, para manejarnos mejor desde la división y la antinomia.

Y desde nuestra ignorancia y desde nuestra cultura; desde nuestra fuerza y desde nuestra debilidad, entendí que debíamos convencernos a fuego que, nosotros somos nosotros. Y que podemos levantarnos. En Malvinas perdimos, es cierto, pero ellos no se las llevaron gratis... y si miramos nuestro pasado, tomando su esencia, según Don Triángulo, nos proyectaremos a un futuro mejor.

Para mejorar como nación, como grupo humano que convive en un territorio y que por eso tiene - *nos guste o no* - un futuro común, debemos comenzar por mejorarnos a cada uno de nosotros. Debemos despojarnos del argentino viejo y hacer nacer a un argentino nuevo. Para eso, debemos cultivar un misticismo, que pondrá en su lugar a los verdaderos valores del espíritu.

Ese misticismo, permitirá que el ateo o el agnóstico, vivan su ética desde la acción de cada día y que no se limiten a vacíos discursos muy bonitos. Ese misticismo práctico, ayudará a que los creyentes no se limiten a oraciones aprendidas de memoria o a ritos vacíos de sentido, sino que su veneración por los mayores valores del espíritu, se traduzcan en obras concretas de amor y solidaridad permanentes.

Y aunque quizás esos caminos sean seguidos por muy pocos, esos pocos serán más que suficiente. Esos pocos serán como la sal, que es muy escasa si se la compara con el volumen de la sopa en que es diluida, pero a pesar de ser muy poca, le cambia el gusto y de algo insípido, la transforma en un plato apetecible. Y entonces los hice y los escribí en capítulos, para aquellos que se sientan animados a seguirlos...